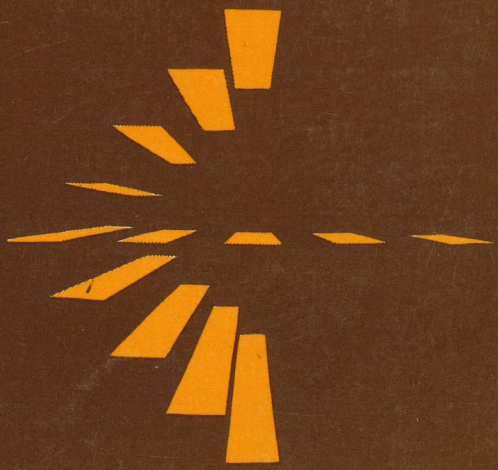
POETAS URUGUAYOS DE HOY · 14

Circe Maia

Destrucciones



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

DESTRUCCIONES
14

Circe Maia

DESTRUCCIONES

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

Poetas uruguayos de hoy

© Ediciones de la Banda Oriental SRL
Gaboto 1582 - Montevideo - Tel. 4.32.06
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1987

Una experiencia muy lejana: a los tres años de edad un niño comienza a tirar sus juguetes —una diminuta vajilla de loza— a través de los barrotes de su balcón. Las pequeñas tazas, platos y vasos se estrellan en la calle, rompiéndose. La vecinita de enfrente, de más o menos su misma edad, grita: Más! más!, mientras el mutuo entusiasmo crece. Como ya no hay juguetes que arrojar, corre el pequeño a la cocina y sigue arrojando platos y tazas a la calle.

El episodio es contado como algo muy divertido, como sin duda fue; la reacción de la madre o la reprimenda paterna no aparecen en el recuerdo, si es que existieron.

.....

Dos niños van por un camino, al atardecer —se trata también de un niño y una niña. El niño, sin ningún propósito definido, golpea, al pasar, la puerta de una choza, de un cortijo, y sigue caminando. Las consecuencias terribles de ese pequeño suceso no se hacen esperar. La acción ha sido vista por algunos, comentada por otros, en voz baja primero, indignada después. Los niños comprenden, angustiados, que va a comenzar una persecución puesto que han cometido una ofensa gravísima, sin darse cuenta, y cuyas consecuencias serán, sin duda, funestas, aunque nada ha ocurrido todavía.

.....

Dos mundos contrapuestos aparecen aquí, verdaderos ambos. Dos universos enteros e impenetrables; el de la alegre destrucción, ajena al bien y al mal y el sombrío sistema del castigo y la culpa, siempre desproporcionados, siempre incomprensibles.

Nota: El primer relato pertenece a Goethe, el segundo a Kafka.

Destrucciones I

La primera observación es sobre la extraordinaria facilidad de la destrucción, la desproporción monstruosa entre el efecto y la causa. La causa puede ser pequeñísima —un menos o un más de un gesto, de un movimiento, un grado más de temperatura o de presión— y todo vuela por el aire.

Hace un momento tenía en la mano una taza de café, de loza común, con un dibujo de flores celeste en el borde. He hecho un movimiento torpe y la taza ya salta al suelo, mientras la otra mano hace un gesto inútil. La loza estalla en pedazos contra el piso y el aire se sacude en ondas imprevisibles un momento antes: el ruido tan especial —seco, duro— de la rotura. Este ruido podría interrumpir por sí solo la más compleja cadena de razonamientos (que no la había, pero supongamos que la hubiera); podría alterar la expresión de un sentimiento (tampoco es el caso), pero de cualquier manera, conmueve extrañamente.

Al recoger los pedacitos se piensa absurdamente en la posibilidad —el sólo pensamiento eriza— de poder volver atrás un minuto, (¡Sólo un minuto! ruega infantilmente una voz por detrás de la razón) y corregir entonces el falso movimiento, la brusquedad del gesto que provocó el pequeño accidente. Cronos ni se molesta, naturalmente, en escuchar el ruego.

Mientras se retiran los pedazos se piensa en el complejo proceso industrial que les dio su realidad de hace un instante. No sabemos bien cómo se fabrica la loza, pero es un proceso difícil, que exige muchas condiciones. Es totalmente impensable que cualquiera se ponga, en cualquier momento a hacer, de la nada, una tacita blanca con flores celestes. Y sin embargo es muy pensable que cualquiera, en un gesto

de ira o de descuido —como en este caso— la condene, sin apelación, al basurero.

Sus compañeras están guardadas en un mueble del comedor reposando en la indiferencia de lo inerte. Parece que por el hecho de ser cosas su ignorancia fuera a la vez más inocente y más feroz. Que las cosas ignoren olímpicamente todo lo que ocurre a su alrededor nos parece muy propio de ellas y sin embargo los niños no las ven así; sienten la familiaridad de ciertos objetos y el distante desdén de otros. Sienten que hay muebles introvertidos, con todas sus puertas siempre cerradas y otros expresivos, sociables, cuyas puertas cierran mal y cuyos cajones se abren continuamente. De mayores, perdemos estas vivencias. Ahora han vuelto, en cierto modo. El hecho es que la rotura de la tacita sigue doliendo, fuera de toda proporción.

A nadie se le ocurriría inventarle un paraíso a las cosas y no sería, sin embargo, inimaginable. Allí irían los objetos buenos, como las copas, los platos, las cucharas, y serían reparados y estarían para siempre, nuevos y brillantes, sin herrumbre y sin polvo, con aristas resplandecientes.

Destrucciones II

De un sueño profundo se sale bruscamente —un ruido inesperado, un llamado— y toda la realidad que nos rodea aparece tan de golpe que asusta; son demasiados estímulos que nos solicitan a la vez, especialmente visuales y sonoros: golpe de una puerta, luz sobre metal, ruido de la calle, densidad de seres espesos y súbitos.

Frente a ellos estamos como desarmados por unos segundos. Una alarma general corre por el organismo hasta que reconoce su lugar y su tiempo, su modo y su qué.

Se integran luego los dos polos del ser y así es ahora, por ejemplo, mano que escribe, hoja, pensamiento, y un entorno de rumores y luces mantenido a raya, en segundo plano.

El momento del despertar es como una creación violenta y global, como la gran explosión que dio origen al universo, según los astrónomos.

Busquemos ahora con cuidado el revés de esta trama: ¿es que no ocurren a nuestro alrededor, silenciosamente, asombrosas destrucciones? Cuando el instante presente desaparece, y pasa, de ser algo real y sólido y vivo a ser un fantasma habitando la memoria. (Y a veces, ni siquiera allí).

La luz alumbra un vaso sobre la mesa. No. Ya no. Es necesario decir ahora "alumbraba", porque la luz, en un gesto silencioso, pasa ahora a tocar el borde de un mueble. El pasaje de una forma verbal a otra indica ese hundimiento continuo del presente en el pasado, una especie de des-realización, a la que no damos, sin embargo, ninguna importancia. Solamente cuando el instante sumergido alcanza cierta lejanía —o mejor diríamos cierta profundidad, ya que lo vemos como un hundimiento—, recién ahí surge la conciencia de su pérdida.

Una jovencita confesaba, riéndose de sí misma, que le costaba trabajo imaginarse el tiempo juvenil de sus abuelos, no sólo por la dificultad de rejuvenecerlos en su mente, sino porque las fotografías que la ayudarían están amarillentas y en blanco y negro, naturalmente. Su imaginación se contagiaba entonces de esa opacidad y decía que debía hacer un esfuerzo para pensar que aquellos lejanos días tenían el mismo brillo, el mismo peso de realidad que nuestro presente, ese filoso presente que nos ataca al despertar. Los días del pasado parecen romos y descoloridos, su luz vacilante,

sus ruidos y voces amortiguados, como si hubieran sonado con menor intensidad.

Brilla-brillaba. Está-estuvo. Es-era. Si esta destrucción constante se hiciera en forma brusca, tipo estallido, tipo acto de magia, nos asombraría, como asombró a los huéspedes del mago Próspero, en "La Tempestad", la desaparición de un espectáculo, lleno de brillo y música que se desarrollaba frente a sus ojos. Toda la alegre comedia se esfuma a un sólo gesto de Próspero; éste aclara que se trataba sólo de un juego, de un encantamiento para entretener a sus huéspedes. Agrega, sin embargo, que lo que llamamos realidad es sólo aparentemente más sólida y que todo lo que vemos —palacios y altas torres— desaparecerá algún día. "Estamos hechos de la misma sustancia que los sueños", concluye.

Si fuera así —que no lo es— criaturas de sueño, fantasmales— soñaríamos sobre todo con el despertar, la interrupción violenta, aunque nos asustara, de esta incoherente ensoñación, tantas veces pesadillesca.

Como si se abriera una ventana que nadie hubiera visto y entrara el sol, golpeando la cara, sobresaltando al durmiente, despertándolo.

Imágenes

Se ve un señor maduro sentado sobre un peñasco junto a una joven, probablemente su hija. El señor tiene la mano levantada en un gesto de admiración hacia la belleza del paisaje que lo rodea. Efectivamente el paisaje es muy hermoso: se ven altas montañas nevadas detrás y hay un lago muy

cerca. Sin embargo, como la fotografía no es en colores la belleza del lugar no resulta muy impresionante. Hay un cartel cerca pero no se puede leer lo que está escrito. Tal vez se trate de un informe o de una advertencia. Un pedazo de edificio se ve a la izquierda y hay algunas nubes en el cielo, a la derecha.

Se ve que los dos rostros sonríen aunque los rasgos de las caras, por el pequeño tamaño de la fotografía, no son muy nítidos.

...¿Por dónde empezar a buscar ahora la otra imagen, la que penetró en los ojos de la joven que hoy ya no existe? (No, no ha muerto).

Sin desaparecer del todo esta otra imagen ha sufrido un deterioro gravísimo, como si hubiera estado expuesta a la intemperie. Lluvias y soles la han dañado seriamente. Como si una mancha de humedad creciera en la memoria y la hubiera ido borrando insensiblemente.

¿Qué quedó de aquel lago? Un remoto resplandor acuoso. ¿Palabras dichas? Ninguna sobrevivió.

¿Gestos posteriores? Sólo el razonamiento indica que se levantaron y se fueron (Y que viajaron y regresaron).

Sólo una sensación de aire de mucha altura, de fría transparencia permanece intacta. No corresponde a ningún sentido especial. Ellos fueron malos guardianes y perdieron todo, pero ese mínimo esqueleto de recuerdo asoma —único resto de imagen— todavía vivo.

Ritmo lento

Se trata de una planta de helecho que ha sido arrancada y puesta en una botella en un lugar alto. De allí desciende

—descendía— un delicadísimo entrecruzamiento de hojas finas como agujas verdes, cada conjunto en un mismo plano y todos los planos superponiéndose en combinaciones angulares diferentes. El placer de mirarla era —y es— muy intenso, pero su realidad actual es muy distinta. A través del tiempo —semanas y semanas, meses y meses— ha ido cambiando gradualmente: del verde profundo pasó a un color herrumbre también hermoso; las agujitas vegetales parecieron entonces metálicas.

El hecho es que los dibujos en el aire son cada vez menos complejos, menos sobrecargados. Una austeridad nueva ha dejado sólo algunas líneas muy geométricas, muy livianas, delineando volúmenes de aire que ya son espacios abiertos, sin defensa.

La caída de los elementos de este conjunto es muy lenta, no visible por más larga que sea la contemplación. El movimiento de caída es, de cualquier manera, incesante y en un tiempo que no podemos predecir —esto va muy lento— caerán todas las finísimas hojas.

La rama que las sostenía dibujará un trazo irregular cada vez más oscuro y cada vez menos agradable a los ojos. Su desnudez y fealdad tendrán algo de ligeramente obsceno, al desaparecer su función ornamental. ¿Por qué mantener esa especie de arañazo en el aire, que pincha las miradas, que parece más una raíz que una rama?

Eso es el futuro. Todavía no. No la toques, no la sacudas. Está allí por ahora paralelamente existiendo junto a todo lo que existe, por ahora, también. Es cierto que no hace el menor esfuerzo por resistir, por perseverar en su delgada existencia, pero también es cierto que se mantiene —por ahora— y allí está en el lugar en que la colocaron.

Una descripción del cuarto, respetuosa de los detalles, debería incluirla.

Arboles

A poco andar descubrimos, con asombro, un lugar de inmovilidad y frío: En un área irregularmente circular los árboles están todos secos. Las ramas ya sin ninguna hoja o con hojas moribundas, negruzcas o grises; ausencia total de verdor y de rumores. ¿Qué ha ocurrido aquí? Es común ver, a veces, un árbol carbonizado por un rayo o volteado por algún vendaval a veces no caído del todo. Quedan semi-arrancados, apoyándose en otros. Aquí no se trata de eso; es un conjunto de árboles y están todos indudablemente muertos. ¿Alguna misteriosa enfermedad vegetal? El hecho es que todo el lugar produce, a su vez, rechazo y fascinación. Si uno se sienta en un tronco ruinoso y apoya la cabeza contra otro también inerte el silencio y la inmovilidad se instalan en el pensamiento mismo, las mareas de la conciencia se aquietan y se podría estar así mucho tiempo, como resbalando, dejándose caer hacia no se sabe dónde.

Un súbito impulso, una orden secreta nos hace salir de allí lo más rápido posible, sin volver los ojos.

Anillo

Los huesos de una mano tienen todavía puestos dos anillos; uno, muy curioso, con un pájaro grabado en la piedra central. Dos brazaletes de oro aparecen también a su lado. Hubo un momento —(tiene que haber existido ese momento)— en que la mujer enjoyada recibió este extraño anillo con alegría y lo mostró a sus amigas. Las mujeres reunidas, pasándose de mano en mano el anillo con el pájaro no eran

personajes que hayan influido en ningún acontecimiento importante. Sus exclamaciones no se conservaron, pero no hay duda que ese momento remoto debe haber existido.

Sabemos muy bien cómo se vestían y se peinaban; no es difícil imaginarlas en algunas de estas casas con amplios patios, rodeadas de niños.

Pero la imaginación no puede ayudar mucho. Lo que importa es que aquel momento (el de mostrar el anillo) existió, no puede no haber existido. Ese momento, aunque sea inimaginable— brilla entonces con asombrosa fuerza.

Visión

Son una multitud de mutilados subiendo o bajando una pendiente. No están muy seguros de la inclinación del suelo que pisan, pero evidentemente no es parejo. Por el cansancio mayor, a medida que avanzan, algunos piensan que es una ascensión; por la velocidad mayor a medida que se desplazan otros piensan que es un descenso.

A todos les falta un miembro o un órgano; a unos un brazo, a otros una pierna, a aquel un ojo, a aquella de allá le falta la piel en casi todo un lado de la cara. El espectáculo no es, por lo tanto, nada agradable. La compasión linda con la repulsión y la vergüenza hace volver a la primera, en una especie de movimiento pendular.

Las heridas están en diferente grado de cicatrización; algunas son muy recientes, de modo que el sufrimiento es muy intenso todavía y les forma una especie de cubierta aislante. No sienten que van con los demás, sino que les parece que van solos.

Casi todas las heridas tienden a una cicatrización incompleta y permanecen luego así, en un estado intermedio.

Ni sanos, ni curados, cada uno se aferra sensatamente a lo único que puede hacer, que es prestar atención a las pisadas sobre un terreno tan inestable. Efectivamente, no sólo está desnivelado sino resbaladizo y en algunos trechos cubierto de una sustancia pegajosa que hace muy difícil la marcha.

Observando mejor se ve que nadie va con las manos vacías sino que todos llevan regalos, muy delicados y brillantes.

Sus superficies devuelven a la luz del sol distintos tonos del amarillo y del rosa; llevan también cajitas con esencias aromáticas según parece, porque el aire está también lleno de perfumes.

Ahora están llegando a la ciudad hacia la que se encaminaban. Ya se ven sus columnas y sus pórticos.

La ciudad, por desgracia, está en ruinas y sus habitantes han huido o desaparecido.

Nadie parece sin embargo afectado por el hecho de que el regalo no pueda entregarse.

En realidad, todo es una comedia —muy patética— pero comedia al fin. Los viejos comediantes (predominan los viejos, aunque hay jóvenes, cuya falta de oficio es evidente), retornan luego con la sensación de que algo se hizo, por lo menos, lo mínimo, lo que se podía.

Otros están muy desconformes. No hubieran querido tomar parte en esa representación, tan sin sentido.

Otros, por último, piensan que todo eso no tiene demasiada importancia. El hecho real es que la ciudad deshabitada está aumentando de tamaño día a día. Pronto no habrá que visitarla como una playa a la que se va en excursión, sino que ella vendrá a nosotros, como un mar que crece de noche cuando todos duermen y entra rompiendo puertas y ventanas.

Tela

La tela del vestido ya tiene un "roce", es cierto. Los colores ya no están tan nítidos. La parte interior del cuello, del dobladillo y las costuras muestran los tonos fuertes y vivaces, como nuevos. Han recibido menos sol, están menos gastados.

Así coexisten en la misma tela dos edades distintas, como si una persona tuviera la mitad de su cara joven y la otra con la piel reseca, llena de arrugas. La parte juvenil de la tela muestra todo lo que la otra perdió: el matiz exacto del azul, el detalle de sus dibujos geométricos, que parecen hojitas entrelazadas.

Los ojos dudan sobre la parte que es preferible mirar, vacilando entre dos tiempos: por la parte del cuello no gastado se entra en un pasado no vivido, como un cuarto cerrado que no ha sido tocado por mucho tiempo. La parte gastada de la tela lleva el pensamiento, por el contrario, hacia los días de sol que apagaron estos dibujos y que están por eso —aquellos días, aquel sol— misteriosamente vivos, allí, sobre la tela.

Mito

El dios-pájaro ya ha contestado todas las preguntas —casi todas de índole técnica— sobre cómo construir una barca o un hacha, encender un fuego, cazar— e inicia el vuelo de retorno a las mansiones celestiales que comparte con otros dioses. Alguien, de pronto, entre los humanos, recuerda una pregunta esencial, la más importante y que ha-

bía sido asombrosamente olvidada: ¿cómo hacer para no morir?

El dios-pájaro contesta, pero la respuesta lamentablemente no se oye porque "ya estaba muy lejos, ya estaba muy alto".

Este mito amazónico implica también, como otras, la idea de culpa, de responsabilidad humana: ¿por qué no le preguntaron antes eso, tan importante? Como siempre, los hombres, preocupadísimos con lo accesorio y dejando de lado lo esencial... ¿De qué vale conocer las técnicas de supervivencia si nadie va a sobrevivir nunca?

De cualquier manera ese olvido, o más bien ese retardo de la pregunta, es una falta leve, comparada con la desobediencia a una orden divina o a la violación de algún tabú. Pero justamente en la levedad de la falta, en el hecho de que la respuesta se escuche todavía pero no se entienda, aparece una intención profundísima. Aquí la culpa —primitiva forma de explicación— tiende a diluirse. No es un pecado equivocarse en una interpretación, no hay nada vergonzoso en no oir un mensaje. El horrible mundo del castigo y la penitencia no existe. Tampoco el dios-pájaro es culpable, porque contestó, quiso ayudar. Los hombres también pusieron la mejor buena voluntad. Fueron discípulos atentos, aprendieron todas las útiles enseñanzas. Preocupados con ellas —acaso no era vital para ser hombres poseer esos conocimientos?— es disculpable que olvidaran lo otro.

Que el hacha pueda trozar un cuello humano, que la canoa navegue un día por el "río sin sol" de la muerte, que el fuego pueda calcinar hasta los huesos, todo eso no puede pensarse en el momento en que se piensa cómo vivir. Todos creen ser bastante sólidos; nadie se ve hecho —como está en realidad— de un cristal delgadísimo.

Tal vez la muerte misma les parezca la consecuencia de una imprudencia, una debilidad, algo evitable por medios

simples. Nadie piensa en ella, en realidad, puesto que ella es el no-pensamiento.

¿Quién puede haber sido entonces el que, interrumpiendo la contemplación de un hecho extraordinario, (el dios-pájaro abriendo gigantescas alas y remontando el vuelo), quién puede haber atravesado, empujando a otros, la barrera de los contempladores para gritar —ahuecando las manos—, ¿cómo se hará para no morir?

Blusa

A veces puede el pensamiento apoyarse fuertemente sobre un objeto sin importancia —esa blusa colgada fuera, por ejemplo, como quien apoya la punta de un compás y gira luego. Mira la blusa: ya debe estar casi seca, por la forma en que el viento sacude las mangas. Toda clase de gestos aparecen ahora esbozados: abrazos, saludos, despedidas.

Más tal vez: los gestos desesperados parecen sugerir un deseo de soltarse, de volar libremente sobre las azoteas entregándose al viento. Pero ahí está la hipocresía del objeto comediante, que se sabe seguro, bien sostenido por los dos palillos en los hombros. Puede entonces fingir esos arrebatos, esos místicos vuelos.

Lo que no ha sido calculado es el momento —ya cercano— en que subirán los pasos por la escalera oscura, se abrirá la puerta de la azotea y la blusa será descolgada, doblada y guardada en un cajón, inmóvil.

Casi presente

La distancia por ahora es mínima: aún tenemos puesta la misma ropa y los mismos zapatos, todavía húmedos. Como nadie ha hablado todavía ninguna palabra se ha interpuesto entre nosotros y el perfecto dibujo del pasado reciente. Este está tan cercano que parece posible tocarlo, mentalmente, claro, y aun asirlo, con todos sus detalles. El silencio encierra únicamente sus últimos habitantes sonoros: palabras dichas en voz baja y que sin embargo suenan nítidas por estar tan cerca del lago del silencio.

Lástima que la consistencia del instante presente sea tan frágil: cualquier pregunta que a alguien se le ocurra hacer, cualquier música que empiece a sonar, lo destruiría.

Ya empezarán —ya van a empezar— a aparecer los objetos-pantallas, biombos invisibles y sonoros detrás de los cuales quedan las otras voces.

Así empieza a crecer una distancia destructora cada vez mayor. Recién entonces el pasado reciente se volverá pasado verdaderamente.

Por ahora, apenas terminada la caminata, cierta mezcla de cansancio y placer colabora en el silencio en común, en los ojos bajos que no atienden todavía nada concreto y cuyas retinas son como espejos que guardaran sus imágenes para sí.

Este es un momento único, como cuando la sinfonía termina y no han empezado los aplausos; el aire, por breves segundos sostiene la música entera, terminada y perfecta, en el mismo instante en que ha dejado de oírse.

Los acontecimientos permanentes

Alguien puede pensar que los acontecimientos —todos— pasan, pues está en su esencia temporal que empie-

cen y terminen. Pero no. Hay algunos que es como si estuvieran siempre sucediendo, en un plano diferente, es cierto, pero suceden, misteriosa y permanentemente.

Casi no existen acontecimientos únicos; todos se doblan se triplican, se multiplican incesantemente. Aunque cada individuo sea absolutamente único, sus gestos se repiten.

Vuelve uno a tomar café, a sentarse a conversar, aunque todo se hace a otro nivel, como si se hubiera pasado de vivir en un décimo piso, al sótano. Todos los gestos serían iguales, pero la superficie que nos sostiene desciende bruscamente.

Pero no son sólo los gestos rutinarios los que solidifican en cierta manera y permanecen. Un hecho especial, algo que parte la vida en un antes y un después absolutos tiene también estas características de estar sucediendo constantemente. No queda integrado, como los demás recuerdos, al entramado de la memoria. Mantiene un presente permanente, no llega a ser nunca pasado. Vuelve a ocurrir y vuelve a ocurrir y vuelve a ocurrir, obsesiva, permanentemente.

La segunda muerte

La primera puede ser rapidísima, como cuando en una habitación desaparecen en un segundo todas las cosas que contenía cuando el dedo oprime la llave de la luz. La segunda es interminable, porque no les corresponde a ellos sino a su mundo. Se establece entonces una sorda batalla muy desigual entre las cosas que los conocieron y las nuevas, que parecen siempre triunfantes y agresivas.

Las otras, las fieles, las que participaron, las que estuvieron, se retiran gradualmente. La invasión de las nuevas

es constante, no se puede frenar. Gota a gota formarán una corriente de novedades que arrastrará algún día los últimos vestigios de las primeras. Mientras tanto, co-existen, y los ojos del que mira saltan de unas a otras diferenciándolas, sin mezclarlas jamás. La división es tajante y permanente: esto sí estaba, esto no, esto tampoco.

Los ojos miran de una manera diferente a los dos tipos de cosas y es como si variara la temperatura de una mirada discriminativa y que jamás se equivoca: Esto sí estaba, esto no, esto tampoco.

Los ojos mismos quieren pertenecer siempre al primer grupo y temen el día en que ellos mismos, frente a un espejo, digan en silencio: No, así no estabas, no eras así.

Golpes

Se oyen los golpes del hacha sobre el tronco de un arbolito joven. Se sacude el follaje en lo alto. La mirada se detiene un momento en las ramas más finas, las que tienen hojas todavía enrolladas, recién nacidas, y que más bien parecen flores.

Luego es el hachazo final y todo cae, con estrépito, sobre el suelo. Rápidamente las ramas son arrancadas y el tronco raspado, eliminando todo rastro de corteza. Esta tarea es como un despellejamiento. El tronco desnudo queda atado al alambrado y allí empieza a secarse y a ennegrecerse con el paso de los días.

Ya todo es definitivo. No es posible ver al árbol erguido otra vez, cuando parecía sostenerse más en la luz que en la tierra. No es posible verlo cayendo nuevamente. El acontecimiento se cerró sobre sí mismo, pero no quedó aislado.

En otro lugar, en otro tiempo, un joven yace inmóvil sobre la tierra húmeda. Tan ciego como el árbol, tampoco vio venir hacia él el golpe mortal.

Una maraña espesa de días y de noches crece ya sobre su cuerpo, tratando de cubrirlo.

Ellos

No pueden acostumbrarse a no existir. Por todos lados les hacen señales: Por aquí, por aquí, por esta vereda que quedó mal cerrada, por aquí podrían llegar.

Sorprendidos por lo que les ocurrió, no saben cómo avanzar. Ningún movimiento real les permite integrarse. Los crecimientos y los despliegues los ignoran. Sólo pueden decrecer y replegarse. ¡Lo opuesto de su ser en expansión!

A veces, por ayudarlos, les prestamos conversaciones, posibles exclamaciones: —¿Cómo? ¿Y esto nuevo aquí? ¿Y aquello otro? Y aun comentarios risueños sobre cosas que pasan ahora.

Pero todo eso es prestado y no se lo ponen. Sólo usan lo que tenían y repiten frases que dijeron, sonríen y miran otra vez de la misma manera, pero no a nosotros, no a nosotros.

Nuestro "ahora" tan denso no es nada para ellos.

Un no-ser perfecto.

Un vacío absoluto.

Desconsuelo

Los consoladores ofrecen la más variada gama de consuelos, desde el abrazo mudo (y éste debe ser el más eficaz, dentro de la ineficacia absoluta de todo), las palabras musi-

tadas, casi ininteligibles junto al apretón de manos, y luego todo tipo de consideraciones, hechas con la mejor buena voluntad y que acentúan algún aspecto positivo, como la falta de sufrimiento o el haber dejado de sufrir, en otros casos.

La mayoría de estas frases y gestos van acompañados de consejos de diverso tipo, como el recordar las responsabilidades frente a otras personas... "Ahora tienes que pensar en esto o en aquello"...

El pensamiento está, por el contrario, totalmente volcado hacia quien de verdad necesitaría consuelo y que ni siquiera puede escucharlo. Si cuando eran chicos corrimos ante la menor herida, ahora, justamente ahora, van a ser abandonados? ¿Ahora se les va a dar vuelta la cara, a pensar en otros?

La situación toda es absurda: hablan como si uno hubiera perdido algo propio y observan que todavía tiene otros seres, le dicen que no ha quedado totalmente desposeído. ¡Cómo si se tratara de eso! Acaba de hundirse un universo entero, que ninguno de nosotros poseía, que no era nuestro. Acaban de robarle a alguien absolutamente todo lo que tenía. No le dejaron nada. Despreciaron, pisotearon todos sus recuerdos, los que sólo él tenía. Destrozaron lo que iba a hacer, lo que iba a decir. Le taparon la boca, los ojos, lo ensordecieron, lo enmudecieron, lo echaron de aquí, de donde estamos todos y porque sí nomás y sin razón.

Una ola gigantesca de amor querría volcarse sobre él y consolarlo, como cuando se lastimaba una rodilla o se cortaba una mano, pero ahora lo han cortado tan profundamente que no nos dejan llegar, porque no hay un lugar adonde llegar, porque no lo han puesto en ningún lado.

Realidad

Gran trabajo dio hacer comprender que no existe esa especie de "patio interior" dentro de nosotros.

Lo que ocurrió es que era extraordinariamente cómodo el imaginar una especie de receptáculo en el que se iban depositando imágenes y recuerdos. ¡Cómo! ¿No somos entonces como una vasija, que contiene un líquido precioso? No.

Entonces, cuando tememos haber perdido un recuerdo, ¿dónde buscarlo? Pues volviendo la mirada hacia el pasado, hacia donde estaba, hacia donde está.

Sí, está allí, fuera de nosotros, tal como estaba, tal como estará siempre.

Allí está aquella mirada tranquila y alegre, allí suena aquella voz con sus inflexiones tan propias. Todo eso es tan absolutamente real como estos trazos, que están también volviéndose pasado a medida que se fijan en el papel.

No necesitan otro mundo ni un mundo interior.

Reales, firmísimos. No un fantasma invisible, no una huella borrosa en la memoria.

Objeto sonoro

No se trata de música, es decir, lo que se trata de oír no es la música que está en primer plano, sino los ruidos y las pequeñas conversaciones que están detrás y que quedaron grabados involuntariamente.

La música se grabó en un comedor en el que hay ruido de platos y cubiertos, sillas que se mueven y algunas charlas en voz baja, en las que sobresale la voz más aguda de una

niña. Sólo a ella se le entiende bien lo que dice, pero son exclamaciones cortas, palabras sueltas; las demás voces están tapadas por la orquesta.

A medida que el concierto avanza el torrente de música se hace más rápido —como si el tiempo acelerara su marcha— y hay además una nota que golpea insistentemente —¿un aviso, un llamado?— pero nadie parece atender.

El hecho es que la música tiene adherido a ella un cuerpo cálido, una piel viva, de la que no puede desprenderse.

Más todavía: sin que se sepa cómo ocurre, se empieza a establecer una correspondencia, un acuerdo secreto entre ambos: parece como si la poderosa masa sonora lograra expresar el verdadero sentido de lo que las palabras dicen a media voz. No el sentido real de lo que se decía, claro, sino su sentido, el de una felicidad tranquila, tan inconsciente de su fragilidad, que hasta resulta dolorosa.

Las voces siguen sus murmullos apenas audibles... No se entiende nada, pero se adivina que son comentarios triviales sobre cosas del momento. Los restos de palabras que se escuchan, los fragmentos de frases imposibles de desenredar de la música suenan en un comedor invisible, aunque parece al alcance de la mano. Los labios que las pronuncian, los rostros, los gestos, todo es a la vez cercano y remotísimo: un dibujo del que se ven apenas unas líneas borrosas. La música cubre este dibujo y lo conserva al mismo tiempo; lo envuelve, lo protege y lo oculta para siempre de nosotros.

Planta

La tarea propuesta no es difícil, aparentemente. Se trata de describir una planta —una especie de camalote— reco-

gida ayer en la laguna. La planta descansa sobre la mesa (¡descansa! expresión absurda) y se trata de dar, en la forma sucesiva y lineal del lenguaje lo que se ofrece simultáneamente a los ojos. Pero cómo, con qué criterio? ¿Se empezará a describir la forma, el número de hojas, el tipo de raíces, la cantidad de pétalos de la flor? Pero la descripción se aplicará a todas las plantas de esta especie, a todas las compañeras que quedaron en la laguna, a las que están ya enterradas en el fondo y también a millones de plantas todavía no nacidas.

¿Habrá que buscar un rasgo exclusivo de esta planta y no de otras? ¿Cuál será? Podría ser esta pequeña mancha en esta hoja... Pero tal vez lo único que la individualice en realidad sea su historia, no su aspecto: lugar exacto de la laguna en que fue arrancada y por quién y por qué. Pero esos son acontecimientos, no ella misma.

La planta ha inclinado la cabeza, se ha aflojado más. Apoya ahora todo el cuerpo —el tallo— sobre la superficie de la mesa. Está como más abandonada. Una sensación de urgencia se apodera entonces del observador. Pronto esta planta no será la que estaba en la laguna sino la moribunda planta del escritorio. Sin darse cuenta, empieza a rayar la hoja con la uña. El escritorio y la uña se manchan de verde clorofila.

Año-árbol

¿Cuál es el árbol que tiene las hojas blancas de un lado y negras del otro? Remota pregunta, remota respuesta: es el año, compuesto de días y de noches. Así preguntan y responden, en cuentos populares árabes una princesa, amante de los acertijos y su joven pretendiente —que se juega la vida en la respuesta.

La imagen de un árbol para expresar el tiempo no es común —el río es naturalmente la predilecta, como "agua del tiempo".

El año-árbol, hecho de días y de noches, luces y sombras rítmicos, sugeridos por el anverso y reverso de sus hojas es una imagen extraña y bella. No está expresado sin embargo lo que parece esencial, el que los días y las noches pasen. Para nada se habla de que el árbol pierde sus hojas, aunque podemos imaginar un año-árbol de follaje numerado y preciso: trescientas sesenta y cinco hojas todas luminosas y sombrías y un viento meticuloso arrancándolas una a una. El árbol invernal completamente deshojado sería el año que ya pasó, el año muerto.

Hoy, por ejemplo, 31 de diciembre, en la larguísima pero no infinita avenida de árboles los ojos contemplan el ochenta y cuatro con una sola hoja, todavía prendida a las ramas...No, ya empezó a desprenderse y vuela mostrando su lado luminoso todavía por unas cuantas horas.

Volviendo a la imagen, que puede resultar demasiado artificial a algunos y atrayente a otros, vemos que al introducir al viento hemos añadido otra imagen para el tiempo mismo, esta vez para expresar su carácter destructor. ¿Qué inventar entonces para el año nuevo? Parece evidente que tendrá que ser una plantita recién nacida, aún sin hojas. Cada día le brotaría una nueva y entonces, al acabar el año, el follaje estaría en su esplendor completo. Llegamos así a la imagen inversa de la anterior, del árbol deshojado. Ante tal paradoja la imaginación renuncia, lo que no impide que el viento invisible siga soplando.

INDICE

Mundos 5
Destrucciones I 6
Destrucciones II 7
Imágenes 9
Ritmo lento 10
Arboles 12
Anillo 12
Visión 13
Tela 15
Mito 15
Blusa 17
Casi presente 18
Los acontecimientos permanentes 18
La segunda muerte 19
Golpes 20
Ellos 21
Desconsuelo 21
Realidad 23
Planta 24
Año-árbol 25

Se terminó de imprimir
en PRISMA LTDA. Gaboto 1582 Montevideo
en el mes de octubre de 1986
Edición amparada en el art. 79
de la ley 13.349
(Comisión del Papel) D.L. 219.643

CIRCE MAIA, nace en 1932 en Montevideo. Reside en Tacuarembó. Profesora de Filosofía. Ha estudiado (y estudia) lenguas extranjeras. Este breve libro anuda la prosa con la poesía. Profunda conocedora del mundo presocrático, con su verso que es ciencia y su prosa que es lirismo, Circe estructura estas "Destrucciones" para que sean un punto de reunión de géneros e incitaciones. Cuando se lee este brevísimo libro, se piensa en "Diapsalmata" de Sören Kierkegard, no porque recurra Maia al aforismo, sino por la intensidad expresiva, y porque también en esta excepcional poeta las "penas hondas" de su corazón se transforman, vaya a saber por qué alquimias, en "una música bella".

Obra publicada: "En el tiempo" (1958 y 1975); "Presencia diaria" (1964); "El puente" (1970); "Cambios, permanencias" (1978); "Dos veces" (1981); "Destrucciones" (1986 y 1987).

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL